

LA ACTUACION POLITICO-MILITAR CARTAGINESA EN LA PENINSULA IBERICA ENTRE LOS AÑOS 237 Y 218

Genaro Chic García

Las causas que motivaron la expansión imperialista de Cartago por la Península Ibérica parecen estar fuera de toda duda: perdida la influencia en Sicilia y Cerdeña tras la primera Guerra Púnica, era necesario buscar una compensación que permitiese reparar tan grave pérdida y superar la crisis económica derivada de la misma. No cabe duda de que el sur de la Península, reservado en su aspecto comercial a Cartago desde la firma del tratado romano-cartaginés de 346¹, ofrecía unas indudables ventajas tanto para aquellos que querían hacer descansar el poderío de Cartago sobre la posesión del suelo (partido de Hannón) como para aquellos otros que querían continuar la tradicional política comercial (partido bárcida)². El poder de Cartago se había basado siempre en el comercio, y a mediados del siglo III a. C. seguía siendo de igual modo, integrado ahora en la órbita helenística del Egipto ptolemaico. Y aunque en el momento que tratamos, y también posiblemente por influjo helenístico (el libro de Magón preconizaba una agricultura de tipo esencialmente capitalista, en la que la explotación tiene como finalidad dejar la mayor ganancia posible al propietario), el territorio cartaginés se encontrase verdaderamente «colonizado» y la vieja

1. Polibio, III, 24, 1.

2. Véase J. M. Roldán, en *Historia de España Antigua*, vol. II, Ed. Cátedra, Madrid, 1978, pág. 18.

metrópoli comercial comenzase a perfilarse como una gran potencia agrícola³, no cabe duda de que el peso de la clase de ricos comerciantes había de hacerse sentir de un modo decisivo en el gobierno. Pero existía un factor que dificultaba en gran manera el desarrollo del tipo de política que indudablemente hubiesen preferido seguir: la destrucción de la flota, garante del tráfico, en la pasada guerra aconsejaba actuar con prudencia frente a una Roma que mostraba un gran recelo ante la posibilidad de que Cartago volviera a convertirse en una potencia marítima y pudiese de este modo hacer peligrar sus posesiones italianas. La exigencia de que los cartagineses abandonasen todas las islas del Tirreno es clara al respecto, y lo mismo cabe decir de la brutal actuación respecto a Cerdeña. Precisamente este último hecho debió aconsejar a los púnicos apartar sus ojos de cualquier tipo de política marítima que pudiese herir la susceptibilidad del gobierno romano. Una acción en el sur de la Península Ibérica podía ofrecer indudables ventajas: estaba suficientemente lejos de Roma y de sus posesiones como para no levantar sospechas y además se podía actuar en un área legalmente limitada como de influencia púnica sin tocar siquiera, al menos de momento, los intereses de los emporios greco-massaliotas aliados de Roma; se trataba, por otro lado, de una tierra muy rica en recursos agrícolas y mineros, explotados desde mucho tiempo atrás y que habían permitido el desarrollo de una serie de florecientes ciudades surgidas al calor de unos intercambios comerciales en los cuales los púnicos precisamente habían jugado un papel destacado. En este sentido el valle del Guadalquivir y las otras rutas comerciales con él conectadas, ofrecían la posibilidad de proporcionar a Cartago de una manera rápida una gran cantidad de riquezas que podían permitir una rápida recuperación económica y al mismo tiempo militar, dadas las enormes posibilidades que el interior de la Península ofrecía en el campo del mercenariado, como ya muy bien sabía Cartago⁴. Ni que decir tiene que el control directo de las fuentes de riqueza andaluzas había de potenciar enormemente el comercio. Además, la gran fragmentación política que en ese momento ofrecía el territorio en cuestión permitía asegurar el éxito a los planes de conquista⁵.

3. P. Grimal, *El helenismo y el auge de Roma*, Madrid, 1972, pág. 69.

4. Véanse *F.H.A.*, vol. II, pág. 23 y 44 ss., y vol. VIII, pág. 120-121.

5. No creemos, en efecto, que se trate de una reconquista como no sea de las zonas de

Así, pues, una vez decidida, ésta se había de llevar a cabo, a partir de Gadir —cuyas relaciones exactas con Cartago no conocemos en este momento, pero que sin duda hubieron de ser amistosas— siguiendo un plan bien determinado: la ocupación de las principales rutas comerciales, con la riqueza de cuyas ciudades se amortizarían con creces rápidamente los gastos de la expedición, y el control de las principales zonas de producción, lo que permitiría monopolizar un comercio hasta ahora compartido con los griegos⁶.

Las operaciones comienzan en 237 a. C. con el desembarco de una expedición comandada por Amílcar Barca. Al ejército púnico, sin duda mercenario en buena parte, los ricos habitantes del valle del Guadalquivir van a oponer otro ejército mercenario al que Amílcar logrará vencer y cuyos restos incorporará a su propio ejército⁷, aunque paradójicamente es de suponer que les seguiría pagando con la misma riqueza, que también ha debido cambiar de dueño. Los éxitos militares y la diplomacia le abren el camino hasta el Alto Guadalquivir. Inmediatamente después sabemos que establece una plaza fuerte cartaginesa en un lugar que Diodoro⁸ denomina Ἄγρα Λευκή, y Livio⁹ *Castrum Album*. Este punto fue identificado por Schulten con Alicante, basándose en cierto parecido entre el nombre de esta ciudad y el que nos da Diodoro, y el de un punto vecino, denominado Ἐλική, con Elche; pero, como bien nos recuerda G. V. Summer¹⁰, Tito Livio localiza claramente esta base cartaginesa cerca de *Castulo*, en el Alto Guadalquivir. De tratarse de Alicante, y aún más, si ésta fuese una colonia massaliota

influencia, como hace constar Roldán, basándose en la información que proporciona la Arqueología, en *Op. cit.*, págs. 23 y 24. Es de notar que las acuñaciones hispano-cartaginesas no se desarrollan en realidad hasta la conquista de las zonas mineras por los Bárcidas, siendo así que las acuñaciones sículo-púnicas habían comenzado hacia 390 a. C. Vd. L. Villaronga, *Las monedas hispano-cartaginesas*, Barcelona, 1973.

6. Es evidente, si observamos un mapa de la distribución de los hallazgos griegos en los siglos IV (segunda mitad) y III (primera mitad), que el florecimiento cultural del Sudeste y Levante español en esta época se encuentra en relación directa con un comercio que se efectúa entre la zona minera del Alto Guadalquivir y los establecimientos griegos de la costa. Véase A. García y Bellido, *Hispania Graeca*, vol. II, Barcelona, 1948, pág. 58, y G. Trías, «Economía de la colonización griega», *Estudios de Economía Antigua de la Península Ibérica*, Barcelona, 1968, págs. 99-115.

7. Diodoro, XXV, 10.

8. *Loc. cit.*

9. XXIV, 41, 3.

10. «Roman policy in Spain before the Hannibalic War», *Harvard Studies in Classical Philology*, LXXII, 1967, págs. 210 y 211.

como quiere ver Schulten¹¹, nos encontraríamos con una grave transgresión de los tratados firmados con Roma, lo que sería muy extraño si tenemos en cuenta lo antes dicho y que incluso cuando Cartago está plenamente recuperada Aníbal procura no molestar a Roma *κατὰ τὰς Ἀμίλκου τοῦ πατρὸς ὑποθήκας καὶ παραινήσεις*¹². Así pues, creemos de todo punto lógico que Amílcar establezca una base militar en la zona cuyo control más le interesa conservar.

Establecido el dominio cartaginés en la zona minera del Alto Guadalquivir, tiene perfecta cabida el relato de Dión Casio¹³ respecto a que Roma envió una embajada para informarse de las actividades cartaginesas en la Península y que, ante la respuesta de Amílcar de que había llevado la guerra a Iberia para poder pagar a Roma, no tuvieron nada que objetar. Es evidente que si Roma, «que nunca se había interesado por las cosas de Iberia», envía sus embajadores para conocer las actividades de Amílcar, lo hace, como apunta Sumner¹⁴, impelida por su aliada Massalía, cuyos intereses en la Península se ven gravemente perjudicados al cesar en buena parte el suministro de metales que dan vida a sus factorías levantinas. Roma, que no se ve directamente afectada y cuya atención está puesta ahora más bien en los problemas que causan los piratas ilirios, juzga que en nada se contraviene lo pactado, como en efecto así era, y no hace nada por impedir la decadencia de las factorías griegas, aliadas suyas, de la costa levantina, que van perdiendo rápidamente casi todo su interés comercial.

La muerte de Amílcar en 228 y la asunción del poder por su yerno Asdrúbal no iban a cambiar en nada la línea de actuación púnica en la Península. Con la riqueza minera del Alto Guadalquivir, base del comercio para los pueblos de la Bastetania, en manos de los cartagineses, el acercamiento de aquéllos a Asdrúbal no debió ser difícil y sólo nos parece totalmente lógica una resistencia en las zonas productoras, como por ejemplo Cartagena. Precisamente en este punto, extremo de la máxima expansión permitida por el tratado de 346, se va a establecer otra plaza fuerte, en el otro extremo de la ruta que desde antaño lleva los metales del interior a la costa SE y en el punto que más se acerca a Cartago.

11. *F.H.A.*, III, pág. 11.

12. Polibio, III, 14, 10.

13. XII, *frag.* 48 (ed. Boissevain).

14. *Art. cit.*, pág. 208.

El establecimiento, en 228, de esta nueva base en la costa, concebida no ya sólo como fortaleza militar sino también como un auténtico emporio comercial, como se deduce por el nombre que se le da (*Kart-hadascht* o «ciudad nueva», frente al *Castrum* anterior), habría de despertar las preocupaciones de Roma, que veía de nuevo a su vieja enemiga rica en recursos no sólo en tierra sino también por mar¹⁵, y mucho más, por supuesto, las de su vieja aliada, Masalía, que veía desaparecer la libertad de mercado en la única zona minera que aún podía mantener con vida a sus factorías levantinas. Y entre éstas, como nos viene a indicar Apiano¹⁶, estaría Sagunto, que junto con las demás factorías massaliotas va a llevar sus quejas a Roma.

El hecho de que Sagunto fuese un emporio¹⁷ ocupado por griegos que, según lo que hemos visto, se moverían en la órbita de Massalía, viene apuntado por una serie de referencias en las fuentes clásicas¹⁸ que no deben ser desechadas del todo por el simple hecho de que nos ofrezcan un halo legendario respecto a la fundación de este emporio. El hecho de que tuviese alianza con Roma, que nunca se había interesado antes por las cosas de la Península¹⁹, desde mucho antes de Aníbal²⁰; su situación junto a la desembocadura del río Palancia, a 7 estadios (1,3 km.) del mar²¹ y abierta entonces al tráfico marítimo que daba salida a los productos que llegaban por el valle de este río²²; las características urbanísticas que deja patentes Livio²³ al hablarnos de la toma de la ciudad; el carácter de sus instituciones; la aparición de glandes de plomo

15. Es evidente que hasta este momento Roma sólo ha mostrado preocupación por el resurgir marítimo de Cartago, pues un ataque de las características del llevado a cabo por Aníbal, dadas las dificultades que ofrece, es poco menos que impensable (véase Polibio, III, 16: «No se persuadían a que el teatro de la guerra fuese a estar en Italia...»). Lo que la fundación de Cartagena significaba para Roma queda patente en Polibio, II, 13, 1.

16. *Ib.*, VII: Ζαξανθαῖοι δέ... καὶ ἔσοι ἄλλοι Ἑλληγες περὶ τὸ καλούμενον Ἐμπόριον καὶ εἰ πη τῆς Ἰβηρίας ὠκον ἀλλαχοῦ, δεισαντες ὑπὲρ σφῶν ἐπρέσβευον ἐς Ῥώμην.

17. Para el exacto sentido de la palabra ἐμπόριον, como lugar reservado en una ciudad para el establecimiento de comerciantes extranjeros y normalmente en relación con el puerto cuando éste existe, véase J. Velissaropoulos, «Le monde de l'emporion», *Dialogues d'Histoire Ancienne*, III, 1977, págs. 61 y ss.

18. Livio, XXI, 7, 2; Estrabón, III, 4, 6; Plinio, *N.H.*, XVI, 216; Silio Itálico, I, 291; Apiano, *Ib.*, VII.

19. Dio Cass., XII, *frag.* 48 (ed. Boissvain).

20. Polibio, III, 30, 1.

21. Polibio, III, 17.

22. Liv., XXI, 7, 3.

23. XXI, 8.

griegos²⁴, etc., nos hacen considerar, junto a buena parte de los autores que han tocado el tema²⁵, que no hay motivo serio para dudar de la presencia helénica en Sagunto. Hoy sabemos, gracias a las excavaciones, que la «ciudad» griega de Emporion estaba rodeada por la ibérica, de la cual no era sino un pequeño barrio²⁶ con una muralla que servía para impedir que los contactos con los extranjeros pudiesen ir más allá de los puramente comerciales, pues la evolución de estos mercados hace que a veces lleguen a constituir auténticas comunidades urbanas que constituyen un auténtico peligro político para las ciudades indígenas que los acogen²⁷. Tal era, decimos, la situación de Ampurias²⁸ respecto a Undike o Indike, y tal había de ser, sin duda, la de Sagunto respecto a Arse, la ciudad ibérica que ocupaba el lugar de Sagunto, conocida por sus monedas y por la cita de Ptolomeo²⁹, quien las da precisamente juntas y en la Edetania³⁰.

Así pues, volviendo al relato de los hechos, Massalía va a presionar a su aliado con la exigencia de que cumpla su parte en el tratado bilateral de mutua defensa³¹, pero Roma, atenzada por el peligro de una inminente invasión gala³², aunque alarmada como hemos dicho por el creciente poderío púnico y quizá precisamente por eso, prefirió hacer una serie de concesiones a Cartago, que podría extender sus posesiones hasta el Ebro, a cambio de que el general cartaginés se comprometiese a no pasar esta línea con su ejército y no se uniese a los galos³³. Massalía no perdía nada que no hubiese perdido ya —la importancia comercial de sus emporios levantinos— y veía garantizada la seguridad de sus estable-

24. *CIL*, II, 6248, 10.

25. A. García y Bellido, *Hispania Graeca*, vol. II, págs. 61 y ss.; y «La colonización griega», en *Historia de España*, dirigida por R. Menéndez Pidal, vol. I, 2, Madrid, 1952, páginas 589-592; J. Maluquer, «Pueblos Ibéricos», en la misma obra, vol. I, 3, pág. 322; J. Maluquer y B. Taracena, «Los pueblos de la España céltica», igualmente en la misma obra, vol. I, 3, pág. 230; A. Arribas, *Los iberos*, 2.ª ed., Barcelona, 1976, págs. 117 y 132, etc.

26. A. García y Bellido, «La colonización griega», pág. 575.

27. Véase J. Velissaropoulos, art. cit.

28. *Liv.*, XXXIV, 9 y Estrabón, III, 4, 9.

29. II, 6, 62.

30. Véase A. García y Bellido, «La colonización griega», pág. 592.

31. Véase este punto en R. M. Errington, «Rome and Spain before the Second Punic War», *Latomus*, XXIX, 1970, págs. 39-41.

32. Polibio, II, 13, 3-7.

33. Sobre la naturaleza y características de este tratado se ha discutido ampliamente. Una buena bibliografía viene recogida en el artículo de N. Santos Yanguas, «El tratado del Ebro y el origen de la Segunda Guerra Púnica», *Hispania*, núm. 136, 1977, págs. 269-298.

cimientos catalanes e incluso la suya propia, ya que una posible alianza de Asdrúbal con los galos hubiese puesto a la aliada de Roma en un grave peligro. Además, puesto que la alianza con Roma seguía vigente, sería absurdo no pensar que Cartago había de comprometerse a respetar a los aliados de la otra potencia firmante del pacto (*Ζακανθαίους δὲ καὶ τοὺς ἄλλους ἐν Ἰβηρίᾳ Ἑλληνας αὐτονόμους καὶ ἐλευθέρους εἶναι*. Apiano, *Ib.* VII)³⁴. Y Cartago era por supuesto la gran favorecida por la suerte, ya que a cambio de un compromiso de no intervención en el conflicto galo-romano veía inesperadamente ampliada su área de influencia.

No sabemos cuál fue la actuación de Asdrúbal entre 226, fecha del nuevo tratado con Roma, y 221 en que fue asesinado. Posiblemente se dedicase a consolidar el dominio cartaginés en la zona, unas veces venciendo la oposición por la fuerza, y otras, las más según nuestras fuentes, por medios diplomáticos. En este sentido J. Maluquer³⁵ cree ver una acción decisiva de la política cartaginesa en el reforzamiento de las monarquías levantinas, y muy en particular de la edetana³⁶, que con el apoyo de la alianza cartaginesa llegaría en su expansión incluso a rebasar el Ebro³⁷.

Cuando Aníbal asume la jefatura del ejército, posiblemente hubiesen comenzado ya en Sagunto los roces entre las poblaciones ibérica y griega que habían de llevar al estallido de unas abiertas hostilidades entre Roma y Cartago³⁸. No obstante el general cartaginés, para quien la posibilidad de un nuevo choque con Roma se debe ir haciendo ya evidente, va a dirigir sus armas hacia la zona occidental de la Península, saqueando el camino comercial seguramente abierto ya por Tartessos y que luego se llamaría «de la Plata»³⁹ y los territorios vecinos. Podría tratarse desde luego de una expedición de castigo por las depredaciones que estos pueblos hubiesen podido realizar en la zona cartaginesa, pero puesto que

34. La misma afirmación la encontramos en Tito Livio, XXI, 2, 3 y 7, y XXI, 18, 9; Zónaras, VIII, 21 (Dio Cass., XIII, vol. I, 188, ed Boiss.) y Floro, I, 22, 3. El hecho de que no sea recogido por Polibio, a quien se sigue, a nuestro parecer, con excesiva fe, ha llevado a muchos a suponer que Roma no sólo no favorece sino que perjudica conscientemente los intereses de una aliada como Massalia, situada en la retaguardia gala, entregando a Cartago sus factorías en la costa levantina española.

35. «Pueblos Ibéricos», *Op. cit.*, vol. I, 3, pág. 320.

36. *Op. cit.*, pág. 314.

37. Estrabón, III, 4, 1; III, 4, 12 y III, 4, 14.

38. Tito Livio, XXI, 5, 2.

39. J. M. Roldán, en *Op. cit.*, pág. 28.

tanto Polibio⁴⁰, como Polieno⁴¹ y Livio⁴² destacan siempre aquí la riqueza del botín obtenido y los tributos impuestos, nos inclinamos más bien a pensar que se tratase una vez más de una expedición destinada a obtener de una forma rápida y expeditiva una gran cantidad de riqueza que otros se habían encargado ya de arrancar a la naturaleza con su trabajo y que se habría de sumar a la que ellos, los cartagineses, obtenían de las minas bajo su control⁴³. Será tras estas productivas expediciones militares cuando Aníbal se decidirá a prestar atención a los asuntos de Sagunto.

Los saguntinos, entretanto, habían entrado en conflicto con los pueblos vecinos, a los que Livio⁴⁴ llama turdetanos y Apiano⁴⁵ turboletas, y a los que Sumner⁴⁶ basándose en la cercanía de Liria prefiere llamar edetanos. La causa de este conflicto parece haber estado en el hecho de que, al querer los arsetanos entrar en el círculo de las alianzas de Cartago, los habitantes del emporio saguntino, tal vez con el apoyo de Roma, se habían apoderado de la ciudad y dado muerte a sus dirigentes⁴⁷. Aníbal se daba perfecta cuenta de lo que aquella cuestión, que en principio no era más que una disputa interna en una ciudad, podía significar. Pero «atento a las instrucciones y consejos de su padre —nos dice Polibio⁴⁸— procuraba en cuanto podía no mezclarse en asuntos de esta ciudad, a fin de no dar a las claras pretexto alguno de guerra a los romanos hasta haberse asegurado de lo restante de Iberia». Palabras que precisan perfectamente, a nuestro entender, el significado de la campaña occidental: la próxima guerra con Roma exige disponer de la mayor cantidad posible de recursos, tanto ma-

40. III, 13, 5.

41. VII, 48.

42. XXI, 5, 4.

43. Véase Plinio, *N.H.*, XXXIII, 96.

44. XXI, 6, 1.

45. *Iber.*, X.

46. Art. cit., pág. 235.

47. Polibio, III, 15, 7: ἐνεκάλει Ῥωμαίους διότι μικροῖς ἐμπροσθεν χρόνοις στασιαζόντων αὐτῶν λαβόντες τὴν ἐπιτροπὴν εἰς τὸ διαλύσαι ἀδίκως ἐπανέλονται τινὰς τῶν προεστώτων...; III, 15, 8: πρὸς δὲ Καρχηδονίου διεπέμπετο πυνθανόμενος τί δεῖ ποιεῖν ὅτι Ζακανθαῖοι πιστεύοντες τῇ Ῥωμαίων συμμαχίᾳ τινὰς τῶν ὑφ' αὐτοῦς ταπτομένων ἀδικοῦσι.

Sobre la presunta alianza Arse-Cartago creemos de interés las palabras de A. M. de Guadán, en *Numismática ibérica e ibero romana*, Madrid, 1969, pág. 176: «La influencia cartaginesa en los tipos de Hércules con maza es indiscutible, tanto como la romana en las piezas modernas. Arse, a pesar de su alianza con Roma, tenía su comercio sujeto a la corriente comercial cartaginesa, y la numismática es una vez más la fuente imparcial y segura para la reconstrucción de los problemas históricos».

48. III, 14, 10.

teriales como humanos (de ahí la exigencia de rehenes que señala Polieno⁴⁹ en tierras muy alejadas de los centros del dominio cartaginés). Cuando finalmente regrese a Cartagena y los embajadores romanos que allí la esperaban ya⁵⁰ le presenten sus quejas porque los aliados de Cartago hostigan a los aliados de Roma, Aníbal va a echar a su vez la culpa a Roma y va a remitir el asunto al Senado de su metrópoli. La respuesta, que en esencia era la aceptación de la guerra, debió llegar pronto, pues «Aníbal partió de Cartagena con sus tropas y se encaminó hacia Sagunto»⁵¹, al tiempo que se disponía para la conflagración total enviando a África soldados hispanos y viceversa⁵² para evitar que los romanos le hiciesen lo que él había decidido hacerles a ellos: levantar en su contra a los pueblos aliados⁵³.

Por su parte Roma, «previendo que la guerra sería importante, dilatada y distante de la patria, tomó la providencia de asegurar los negocios de Iliria»⁵⁴, en tanto que dejaba que Sagunto cayese en manos de Aníbal sin intervenir directamente prestando a su aliada ayuda militar⁵⁵. El por qué de esta actitud respecto a Sagunto no aparece muy claro para los investigadores: para unos se trataría de evitar una guerra en dos frentes, para otros la no intervención se debería a disensiones internas en el Senado entre partidarios y contrarios a la misma, y para otros, finalmente, no actuó porque se buscaba un hecho consumado que hiciera imposible dar marcha atrás, sacrificando así a su aliada⁵⁶. De lo que no cabe duda es de que la guerra había sido firmemente decidida y los preparativos realizados por ambas partes cuando, en 218, Roma decidió romper formalmente las hostilidades tras el envío de una embajada a Cartago con la exigencia de unas condiciones

49. VII, 48.

50. Polibio, III, 15, 3 ss.

51. Polibio, III, 17, 1.

52. Polibio, III, 33, 7; Tito Livio, XXI, 21.

53. J. M. Roldán, *op. cit.*, pág. 36.

54. Polibio, III, 16.

55. Sabemos por Zonaras, VIII, 21 (Dio Cass., Boiss. I, 190) que los saguntinos enviaron mensajeros a los pueblos vecinos y a los romanos en petición de auxilio, y que los primeros se vieron impedidos de actuar por Aníbal en tanto que los romanos se limitaron a enviar una embajada exigiendo al cartaginés que se abstuviese de molestar a sus aliados. Es obvio que al pedir auxilio a los pueblos vecinos se debían haber dirigido a los griegos de las proximidades, no a los iberos, con quienes estaban en conflicto como antes se dijo.

56. Es la tesis de Roldán, quien también recoge las anteriores en *op. cit.*, pág. 33.

para la paz que eran, a todas luces, inaceptables para su rival⁵⁷.

Tras la declaración de guerra se pondrían en marcha las operaciones previstas por ambas partes. Aníbal, actuando con gran celeridad, atraviesa el Ebro con su imponente ejército y, antes de pasar los Pirineos, somete a los ilergetas, bargusios, ausetanos, airensios y lacetanos⁵⁸, dejando a Hannón al cuidado de esta zona, controlada en la costa por los massalietas y por donde era previsible un ataque romano.

Tal es, en síntesis, nuestra visión de la actuación político-militar cartaginesa en Iberia entre los años 237 y 218 a. C.; visión que ofrecemos hoy a la consideración de los estudiosos del tema en un intento de ampliar las vías de investigación y comprensión de un asunto tan poco claro hasta el momento como es el de la secuencia de los acontecimientos que habrían de conducir, inexorablemente, a un nuevo enfrentamiento entre las dos primeras potencias del Mediterráneo Occidental.

57. Polibio, III, 20, 8; T. Livio, XXI, 18.

58. Polibio, III, 35, 1; T. Livio, XXI, 23, 2.